

llevaba fósforos en el bolsillo; el padre tuvo que encender seis ó siete, uno detrás de otro, mientras el facultativo examinaba á la enfermita. La pobrecilla, desembarazada de la colecha que la abrigaba, temblaba de frío, enseñando aquellos miembrecillos endebles y tan delgaduchos, que no se veía más que su joroba. Sonreía, sin embargo, con una sonrisa vaga de moribundo, con los ojos muy abiertos y con una mano crispada sujetándose el pecho; y como la madre lloraba y se lamentaba, diciendo que no era razonable ni justo arrebatarle la única hija que le ayudaba en los quehaceres de la casa, aquella que era tan buena y tan inteligente, el médico acabó por enfadarse.

—¡Bah! Se está marchando... se marchó. Tu chiquilla ha muerto de hambre. Y no es ella la única, porque en la casa de al lado he visto otra... Siempre me llamáis para cosas que yo no puedo remediar; lo que necesitáis es carne, y no médicos.

Maheu, á quien se le quemó un dedo, soltó el fósforo, y las tinieblas ocultaron el cadáver, aún caliente, de aquel angelito. El médico se marchó de prisa y corriendo. Esteban no oía más que el llanto amargo de la mujer de Maheu, que repetía su invocación á la muerte, aquella lamentación de:

—¡Dios mío, ahora me toca á mí; llevadme de aquí!... ¡Dios mío, lleváos á mi marido, llevadnos á todos, por compasión siquiera!



III.

EL domingo de aquella semana, á las ocho de la mañana, Souveraine estaba solo en la sala de la *Ventajosa*, en su sitio de costumbre, con la cabeza apoyada en la pared. Más de un minero no sabía dónde encontrar los dos sueldos que costaba un vaso de cerveza; así es, que jamás había habido menos gente en las tabernas. Por eso la señora Rasseneur, sentada detrás del mostrador, observaba un silencio profundo de mal humor, mientras su marido, en pie delante de la chimenea, parecía mirar atentamente el humo que salía de la lumbre.

De pronto, en medio de aquel pesado silencio propio de las habitaciones demasiado caldeadas, tres golpecitos dados en los vidrios de la ventana hicieron volver la cabeza á Souveraine. Se levantó, porque había conocido la señal usada ya varias veces por Esteban para llamarle cuando le veía desde

fuera fumando un cigarrillo en su sitio de costumbre. Pero antes de que el maquinista pudiese llegar á la puerta, Rasseneur la abrió, y al conocer al que llamaba, le dijo sin vacilar:

—¿Temes que te venda?... Mejor hablaréis aquí dentro.

Esteban entró; pero rehusó el vaso de cerveza que le ofrecía galantemente la señora Rasseneur. El tabernero añadió:

—Hace tiempo he adivinado dónde te escondes. Si yo fuese un traidor, como dicen tus amigos, ya hace ocho días que te hubiese delatado.

—No necesitas justificarte ni defenderte—contestó el joven,—porque harto sé que no eres de esa madera... Se pueden tener ideas distintas, y estimarse, sin embargo.

Reinó de nuevo el silencio. Souveraine volvió á sentarse en su silla, con la espalda apoyada en la pared y la mirada fija en el humo del cigarrillo; pero sus dedos febriles, que tenían cierta nerviosa movilidad, restregaban sus rodillas buscando el finísimo pelo de *Polonia*, que aquella noche no se le subía encima, y esto constituía para él un mal-estar inexplicable; la sensación de que le faltaba algo, sin darse cuenta de lo que era á punto fijo.

Esteban, que se había sentado al otro lado de la mesa, dijo:

—Mañana empiezan á trabajar en *La Voreux*. Los belgas han llegado con Negrel.

—Sí; los han desembarcado al anochecer—mur-

muró Rasseneur, que permanecía en pie.—¡Con tal de que no haya sangre!

Luego, levantando la voz, añadió:

—No, no creas que quiero empezar á disputar de nuevo; pero sí he de decirte, que esto acabará muy mal, si no cedéis un poco... Mira, vuestra historia es exactamente la de la Internacional. Anteayer encontré á Pluchar en Lilla. Parece que sus asuntos van también muy mal.

Le dió algunos pormenores, según los cuales, la Asociación, después de haber conquistado á los obreros del mundo entero, en un acceso de febril propaganda que hacía temblar á la burguesía, se hallaba en la actualidad devorada y casi destruída por efecto de sus luchas intestinas, á causa de las vanidades y las ambiciones personales. Desde que los anarquistas triunfaban de los evolucionistas de primera hora, todo se trastornaba: el ideal, el objeto primitivo, la reforma del sistema de jornales, desaparecía entre el estruendo de la lucha de sectas; los cuadros de sabios se desorganizaban por efecto del odio á la disciplina. Y ya se podía prever que abortaría aquel levantamiento en masa, que por un momento había estado á punto de echar abajo todo lo existente.

—Pluchart está enfermo á causa de tantos disgustos—prosiguió Rasseneur.—Ya no tiene voz; pero, á pesar de eso, quiere hablar, y piensa ir á París... Tres ó cuatro veces me dijo que la causa de nuestra huelga estaba perdida.

Esteban, con la mirada fija en el suelo, le dejaba discurrir sin interrumpirle. El día antes había hablado con otros compañeros, y comprendía que soplaban para él aires de rencor y de sospecha, esos primeros síntomas de la impopularidad que anunciaban una derrota completa. Y estaba sombrío, sin querer confesar su abatimiento frente á un hombre que le había predicho que el pueblo le silbaría en cuanto tuviera algún desengaño de que vengarse.

—Es claro que la huelga está perdida; lo sé tan bien como Pluchart—dijo Esteban al fin.—Pero eso estaba previsto. Nosotros la aceptamos contra nuestro gusto, y jamás creímos matar á la Compañía por ese medio... Sino que la gente se embriaga, dándose á esperar cosas insensatas, y cuando los asuntos se ponen feos, nadie se acuerda de que era natural que sucediese así, y se lamenta y se queja uno como ante una catástrofe llovida del cielo.

—Entonces—replicó Rasseneur,—si crees que la partida está perdida, ¿por qué no haces entrar en razón á los compañeros?

El joven le miró con fijeza.

—Mira, basta ya de esta conversación... Tú tienes tus ideas, y yo tengo las mías. He entrado en tu casa para demostrarte que, á pesar de todo, te estimo; pero sigo pensando que si perecemos en la demanda, nuestra muerte servirá más á la causa del pueblo que toda tu política de hombre prudente... ¡Ah! Si uno de esos bribones soldados me

metiese una bala en el corazón, ¿para qué quería yo más?

Sus ojos se habían arrasado de lágrimas al prorumpir en aquella exclamación, en la cual se veía el secreto deseo del vencido, el refugio que esperaba para que acabase su tormento.

—¡Bien dicho!—declaró la señora Rasseneur, que, en una mirada, dirigió á su marido todo el desdén de sus opiniones radicales.

Souveraine, que no salía de su distracción, pareció no haber oído. Su cabeza rubia y su cara blanca y sonrosada como la de una mujer, de nariz delgada, de dienteitos afilados y puntiagudos, adquiría un aspecto salvaje por virtud de cierta mística abstracción, durante la cual tenía sangrientas visiones. Y se puso á soñar despierto, hablando en voz alta, contestando al parecer á una palabra de Rasseneur acerca de la Internacional, cogida al vuelo en la conversación.

—Todos son unos cobardes; no falta más que un hombre capaz de hacer de esa máquina un instrumento terrible de destrucción. Pero era necesario querer, y nadie quiere; por lo cual la revolución abortará otra vez.

Y continuó, con acento de desdén y disgusto, lamentando la imbecilidad de los hombres, mientras los otros dos se quedaban turbados ante aquellas confidencias de sonámbulo. En Rusia todo iba mal, y estaba desesperado por las noticias últimamente recibidas. Sus antiguos compañeros iban

haciéndose políticos; los famosos nihilistas, que hacían temblar á toda Europa; aquellos hijos de sacerdotes rusos, aquellos burgueses, aquellos comerciantes, limitaban sus aspiraciones á la libertad de su país, como si estuvieran convencidos de que conseguirían la libertad del mundo entero cuando mataran al déspota; y en el momento en que les hablaba de segar la humanidad como se siega un campo de mieses; cuando pronunciaba la pueril palabra de república, veía que nadie lo comprendía, y que se hallaba solo como un hongo, dentro del cosmopolitismo revolucionario.

Su corazón de patriota luchaba, sin embargo, y con dolorosa amargura repetía su frase favorita:

—¡Tonterías!... ¡Nunca saldrán de esas tonterías!

Luego, bajando la voz, volvió á explicar, con frases amargas, su antiguo ensueño de fraternidad.

No había renunciado á su rango y á su fortuna para unirse al pueblo, más que con la esperanza de ver un día fundada la nueva sociedad sobre la base del trabajo en común. Durante mucho tiempo, todos los cuartos que llevaba en el bolsillo habían pasado á los chiquillos del barrio; había demostrado á los mineros un cariño fraternal, siempre sonriendo á la vista de las desconfianzas de ellos, conquistándoles con su aspecto tranquilo de obrero puntual á su obligación y poco charlatán. Pero decididamente la fusión no se verificaba; seguía siendo para ellos un extraño, porque no comprendían su desdén hacia todo género de lazos sociales, y su

fuerza de voluntad para no preocuparse por nada. Y aquel día, especialmente, estaba exasperado con la lectura de un suelto que había circulado por todos los periódicos.

Su voz cambió; sus ojos se animaron, y se fijaron en Esteban, á quien interrogó directamente:

—¿Comprendes tú eso? ¿Lo de esos sombreros de Marsella, que han ganado á la lotería un premio de cien mil francos, y que en seguida han comprado papel del Estado, diciendo que en lo sucesivo piensan vivir de sus rentas?... Sí, esa es vuestra idea, la idea de todos los obreros franceses; descubrir un tesoro para comérselo solitos en un rincón, sin pensar en nadie. Por más que declamáis contra los ricos, jamás tenéis el valor de dar á los pobres el dinero que os dé la fortuna... Jamás seréis dignos de la felicidad; jamás, mientras tengáis algo vuestro y mientras ese odio á los burgueses arranque sola y exclusivamente de la necesidad y el deseo de ser burgueses á vuestra vez.

Rasseneur se echó á reír. La idea de que los obreros de Marsella hubiesen renunciado al premio de los cien mil francos, le parecía simplemente estúpida. Pero Souveraine palidecía, su semblante descompuesto asustaba, y en uno de sus accesos de cólera fanática contra los pueblos, exclamó:

—Vosotros todos habéis de ser arrollados por miserables y por canallas. Ha de nacer, no lo dudéis, alguien que sea capaz de acabar con vuestra raza de haraganes y ambiciosos. Mirad; si mis ma-

no pudiesen, si tuvieran fuerzas para ello, cogerían la tierra y la estrujarían hasta hacerla pedacitos, para que quedarais enterrados entre los escombros.

—¡Bien dicho!—repitió la señora Rasseneur, con tono cortés y convencido.

Hubo un momento de silencio. Luego Esteban habló de nuevo sobre los obreros recién llegados de Bélgica, é interrogó á Souveraine acerca de las precauciones adoptadas en *La Voreux*. Pero el maquinista, vuelto á su habitual distracción, apenas contestaba, diciendo que sólo sabía que se habían dado más cartuchos á los soldados que custodiaban la mina; y la inquietud y malestar de sus dedos sobre sus rodillas se agravó, hasta el punto de acabar por tener conciencia de lo que le faltaba: el pelo del conejito casero.

—¿En dónde está *Polonia*?—preguntó.

El tabernero se echó á reír, y miró á su mujer. Después de titubear un momento, contestó:

—¿Polonia? En sitio caliente.

Después de su aventura con Juanillo, la coneja preñada, herida sin duda, no había tenido más que conejillos muertos. Y para no mantener una boca inútil, se decidieron á guisarla con arroz aquel mismo día.

—Sí; esta tarde te has comido una pata suya. ¿Eh? ¡Bien te chupabas los dedos!

Souveraine no comprendió al principio. Luego se puso muy pálido, y sintió un nudo en la gar-

ganta, en tanto que, á despecho de su voluntad de hombre estoico, dos lágrimas asomaban á sus párpados.

Pero nadie tuvo tiempo de observar aquella emoción, porque la puerta se abrió bruscamente, dando paso á Chaval, llevando á Catalina consigo. Después de haberse emborrachado con cerveza y con fanfarronadas de bravucón en todas las tabernas del pueblo, se le había ocurrido la idea de ir á *La Ventajosa*, para demostrar á todos que no tenía miedo. Al entrar dijo á su querida:

—¡Por vida de...! Te digo que vas á beber una copa aquí dentro, y que le rompo el alma al primero que me mire con malos ojos.

Catalina, al ver á Esteban, se quedó turbada y pálida. Cuando Chaval á su vez le echó la vista encima, empezó á burlarse de él.

—Dos vasos de cerveza, señora Rasseneur, porque vamos á celebrar el que mañana se empieza á trabajar otra vez.

Reinaba un completo silencio; ni el tabernero ni ninguno de los otros se habían movido de su sitio.

—Sé de alguien que ha dicho que yo era un traidor y un espía—continuó Chaval con arrogancia,—y deseo que se me diga cara á cara, para que aclaremos las cosas.

Nadie le contestó: los hombres volvían la cabeza á otro lado.

—Lo que hay son haraganes y personas que no lo son—continuó levantando la voz.—Yo no tengo

nada que ocultar. Me fui del barracón de Deneu-lín, y desde mañana trabajo en *La Voreux* con doce belgas que han destinado á mis órdenes, porque se me estima en lo que valgo. Y si hay alguien á quien esto contrarie, que lo diga claramente, y discutiremos.

Viendo que el más desdeñoso silencio era la única respuesta á sus provocativas palabras, la emprendió con Catalina.

—¿Quieres beber, por vida de Dios? Brinda conmigo por que revienten todos los granujas que no quieren trabajar.

La pobre muchacha brindó; pero tanto le temblaba la mano, que se notó el temblor en el chocar de los dos vasos. Chaval sacó del bolsillo un puñado de monedas de plata, que enseñaba con esa ostentación tan frecuente en los borrachos, diciendo que lo ganaba con el sudor de su frente, y que desafiaba á los haraganes á que enseñasen, si podían, algunos cuartos. La actitud de sus compañeros le exasperaba tanto, que al fin llegó al terreno de los insultos groseros.

—¿De modo que los topos salen á pasear de noche? ¡Mucho deben dormir los gendarmes para no ver á los bandidos que andan por ahí!

Esteban se había levantado con ademán tranquilo y resuelto.

—Mira, me estás fastidiando... Sí; eres un traidor, un espía; tu dinero huele á traición, y me disgusta tocar el pellejo de un canalla como tú.

¡Pero eso no importa! Puesto que ha de ser, sea. Porque hace ya mucho tiempo que uno de los dos está de más en el mundo.

Chaval apretaba los puños.

—¡Vaya, ya veo que se necesita mucho para calentarte, granuja!...—dijo.—Pero acepto el desafío contigo solo, y me vas á pagar ahora las malas acciones que me has hecho.

Catalina, con ademán suplicante, se interponía entre los dos; mas no tuvieron necesidad de separarla, porque, comprendiendo élla la necesidad de la batalla, retrocedió espontánea y lentamente. En pie, apoyada contra la pared, inmóvil y silenciosa, estaba tan paralizada por la angustia, que ni siquiera temblaba, mirando con ojos espantados á aquellos dos hombres que iban á matarse por élla.

La señora Rasseneur no hizo más que quitar de en medio los vasos que había encima del mostrador, para que no los rompieran. Luego se volvió á sentar en su banqueta, sin demostrar curiosidad de ningún género. No era posible, sin embargo, permitir que se mataran dos antiguos compañeros; por eso Rasseneur se empeñaba en intervenir, hasta que Souveraine, cogiéndole por un brazo y llevándolo hasta la mesa, le dijo:

—Eso no te importa... ¿Hay uno de más? Pues que viva el que sea más fuerte.

Chaval, sin esperar el ataque, se lanzaba hacia su enemigo con los puños cerrados. Era el más alto, y como dominaba á su contrario, dirigía todos los

golpes de sus puños á la cara de su adversario y seguía hablando, ó, mejor dicho, insultándole, para exasperarle más.

—¡Ah, canalla! Te voy á romper las narices para ponérmelas en cierta parte... Anda, anda, á ver si te dejo tan feo, ¡so granuja! que no vayan las mujeres detrás de tí como hacen ahora.

Esteban, sin decir palabra, con los dientes apretados, desplegaba toda su habilidad de *boxeador*, cubriéndose la cara y el pecho con ambos brazos, y dando de cuando en cuando un golpe contundente y correcto.

Al principio no se hicieron gran daño. Los molinetes rápidos de uno y las serenatas paradas del otro prolongaban la lucha. Cayó una silla al suelo; los piés de entrambos aplastaban furiosamente los granos de la arena que había en el piso. Pero al cabo de un rato empezaron á fatigarse; la respiración de uno y otro comenzaba á ser difícil, mientras sus caras se inflamaban, como si cada cual tuviera dentro una hoguera cuyas llamaradas se escapan por sus ojos.

—¡Toma!—gritó Chaval.—¡Vas bien despachado por esta vez!

Y, en efecto, su puño, lanzado con la fuerza de una maza, acababa de destrozar un hombro á su adversario. Este contuvo un rugido de dolor, y desde aquel momento no se oyó más ruido que el producido por los músculos de ambos al estirarse y contraerse con furia. Esteban contestó con un pu-

ñetazo terrible dirigido al pecho, que hubiera destrozado al otro, á no ser por sus saltos y piruetas. Sin embargo, el golpe le alcanzó en el costado izquierdo, y tan rudo fué, que lo dejó sin respiración. Chaval, furioso y exaltado por el dolor, se abalanzó á él como una fiera, é intentó darle un talonazo en el vientre.

—¡Toma! ¡A las tripas! ¡A ver si te las saco, canalla!

Esteban evitó el golpe; pero tan indignado se sintió ante tal infracción de las reglas de una lucha leal, que salió de su mutismo.

—¡Canalla, bruto! ¡No riñas con los piés, por vida de Dios, ó cojo una silla y te la estampo en la cabeza!

Entonces la batalla fué más seria todavía. Ras-seneur, indignado, hubiese intervenido nuevamente, á no impedírselo una severa mirada de su mujer. ¿Acaso no tenían dos parroquianos el derecho de discernir una contienda en su casa? El tabernero no hizo más que colocarse delante de la chimenea, porque estaba viendo que se iban á caer en la lumbre. Souveraine, con su aire tranquilo, lió un cigarrillo, y se preparó á encenderlo. Apoyada contra la pared, Catalina permanecía inmóvil: solamente sus manos inconscientes acababan de subirse á su cintura, y allí, nerviosas, febriles, arrugaban la tela del vestido, buscando con las uñas la carne para desgarrársela. Todos sus esfuerzos se encaminaban á no gritar, á no matar á uno mos-

trando su preferencia, si bien tan asustada y tan aturdida estaba, que ya no sabía á cuál preferir.

Pronto Chaval se vió muy cansado, chorreando sudor, y dando puñetazos al aire. A pesar de su furia, Esteban continuaba cubriéndose con gran habilidad, y paraba casi todos los golpes, algunos de los cuales, sin embargo, lo alcanzaron. Tenía una oreja arañada, una uña se le llevó un pedazo de pellejo del cuello, y tal efecto le produjo, que á su vez gritó una blasfemia, soltando uno de aquellos golpes terribles que él sabía. Otra vez Chaval libró el pecho por medio de uno de los saltos que le caracterizaban en la lucha; pero había bajado la cabeza y recibió en la cara el puñetazo, que le destrozó la nariz, y estuvo á punto de sacarle un ojo. De repente empezó á echar sangre, y el ojo se inflamó, y se puso azulado. Aquel miserable, aturdido por lo terrible de la contusión, loco á la vista de la sangre, exasperado por el dolor, agitaba los brazos en el aire, cuando un segundo puñetazo, que le alcanzó en el pecho, lo dejó fuera de combate. Vaciló un momento, y cayó desplomado al suelo, como un saco de arena tirado de lo alto.

Esteban se detuvo.

—Levántate, si quieres más, y empezaremos de nuevo.

Chaval, sin contestar, después de un instante de aturdimiento, se revolcó por el suelo y procuró levantarse. Con mucho trabajo consiguió hincarse de rodillas, y, llevándose una mano al bolsillo del pe-

cho, empezó á buscar algo que no se vió. Luego, al ponerse en pie, cayó sobre su contrario con un rugido de rabia espantoso.

Pero Catalina lo había visto todo; á su pesar salió de su corazón un grito de sorpresa angustiosa que la admiró, porque fué como la revelación inesperada de una preferencia que ella misma ignoraba.

—¡Cuidado!—dijo.—¡Que tiene un puñal!

Esteban había tenido tiempo solamente para parar el primer golpe con el brazo izquierdo. La bien templada hoja del puñal le cortó la manga de la chaqueta. Pero pudo coger á Chaval por una muñeca, entablándose una lucha espantosa, porque el uno comprendía que era hombre muerto si soltaba, y el otro, ciego de cólera, quería clavarle el puñal en el corazón. Dos veces Esteban sintió el acero rozarle la carne, hasta que, haciendo un esfuerzo sobrehumano, apretó la muñeca de su adversario con tal fuerza, que éste dejó escapar el puñal. Ambos se lanzaron al suelo; pero él fué quien lo cogió y lo blandió á su vez. Tenía á Chaval tendido en el suelo, sujeto con una rodilla y amenazándole con el puñal.

—¡Ah! ¡Maldito traidor! ¡Ahora las vas á pagar todas juntas, canalla!

Y estaba tan aturdido, tan furioso, tan frenético, que se halló á punto de asesinarlo. Por fortuna no estaba embriagado, y aun cuando jamás se había visto acometido por crisis tan violenta, luchó,

supo vencerse, y, tirando el puñal al suelo, dijo con voz ronca:

—¡Levántate de ahí, y vete!

Rasseneur había intervenido, aunque sin atreverse á separarlos, temiendo recibir una puñalada. No quería que en su casa se cometiese un asesinato, y de tal modo se enfadaba, que su mujer, sin moverse de detrás del mostrador, tuvo que recordarle que no debía chillar tanto. Souveraine, á cuyos piés fué á parar el puñal, se decidió al fin á encender el cigarrillo. Ya había concluído el combate.

Catalina seguía mirando con expresión estúpida á aquellos dos hombres, ninguno de los cuales estaba muerto.

—¡Vete!—repitió Esteban.—¡Vete, ó acabo contigo!

Chaval se levantó, enjugó con el revés de la mano la sangre que salía por sus narices, y con la cara enrojecida y el ojo hinchado se marchó de allí, arrastrando los piés, y mordiéndose los labios de rabia al pensar en su derrota. Maquinalmente Catalina le siguió. Entonces él se volvió, desatándose en improperios contra su querida.

—¡Ah! No, no, y no. ¡Puesto que á quien quieres es á ese, duerme con él, grandísima bribona! ¡No vuelvas á poner los piés en mi casa, si tienes en algo tu pellejo!

Y dando un portazo brutal, salió de la taberna.

Tan profundo era el silencio entonces, que se oía el chisporroteo del carbón de la chimenea. En el suelo no quedaba más que la silla que habían derribado, y un pequeño charco de sangre que iba chupando la arena que cubría el pavimento.

